

Manuel Mañas Núñez, *Justo Lipsio Sobre la constancia*. Estudio, traducción, notas e índices, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2010, 246 pp.

Justo Lipsio desarrolló su inquietud intelectual como filólogo, filósofo y anticuario en un momento de gran confusión e inseguridad. Su relación con los círculos intelectuales de la corte española y su decidido interés por la teoría política le aseguró una posición pública destacada, de gran trascendencia histórica. En las luchas de los imperios por la hegemonía en Europa, un erudito como Lipsio volvía la vista hacia el pasado imperial de Roma y a quien tratando de educar en las virtudes políticas a un emperador, las definió para la posteridad. La filosofía de Séneca y el llamado tacitismo político alcanzó una enorme difusión en la intelectualidad europea de finales del siglo XVI y mantuvo todavía vigencia al menos hasta la Paz de Westalia. El desengaño provocado por las ambiciones frustradas y la miseria de las incesantes guerras se soportaban mejor con una ideología estoica. Para un admirador del pasado antiguo, la política imperial debía conjugarse con una decidida colaboración popular, que afrontara los peligros aplicando la disciplina, el ejercicio militar, una buena administración de los tributos, que se complementara con una obediencia ciega a los gobernantes. La sabiduría debía mostrarse en su faceta de utilidad social y aportar argumentos para sostener esta lucha. Sin embargo, sin ceder un ápice del amor de Lipsio por su patria, y de la compasión ante los sufrimientos de sus gentes, el tema no está circunscrito a un ámbito nacionalista exclusivamente. Denuncia tres males públicos que dificultan el ejercicio de la constancia: simulación, piedad y compasión. Desde el prefacio dejaba traslucir su preferencia por esta faceta del saber, criticando a los que llevaban fama de filósofos en su época “entregados enfermizamente a las sutiles argucias y falaces cuestiones de la lógica”. La ética le atrae porque a su juicio llega con mucha mayor profundidad que las disputas lógicas a ser “el instrumento de mayor peso para la vida” (p. 88). La actitud primera con que Lipsio nos presenta su tema magnifica su objetivo con la imagen tan estoica del Hércules. Se trata de un héroe capaz de liberar la razón del Prometeo encadenado (p. 99).

La reflexión moral de Lipsio intenta encontrar consuelo y estímulo para resistir en la filosofía del estoicismo antiguo. Elige una forma literaria de diálogo, un género muy representativo del Humanismo. Los matices de ese diálogo, en comparación con otros subgéneros y con el simposio erudito, se van desvelando para poner de relieve el avance al encuentro de los clásicos antiguos, y el intento de ajustarlo a una creencia cristiana que pretendía el propio Lipsio. Todavía hay algo más que este humanista aporta de original a su interpretación sincrética. M. Mañas se interna en el pensamiento de Lipsio, teniendo en cuenta su ideario filosófico, su manera de entender en especial a Cicerón y a Séneca, pero también a Epicteto, para explicarnos el contexto en el que la obra fue escrita. Cree encontrar en los dos personajes que dialogan un desdoblamiento del propio autor, que en el papel de discípulo asumiría la ingenuidad del joven Lipsio para aprender de la experiencia que ha conseguido en la madurez. En este juego la perspectiva alcanzada por la vía filosófica y por la práctica de lo vivido interpreta con cierta distancia las ideas debatidas en la Antigüedad. Por eso destaca de sus contemporáneos y seguidores por su particular postura respecto al escepticismo y al epicureísmo, que continuarían atrayendo a los que preferían una vida tranquila y reservada de la actuación pública. El traductor insiste en destacar la extensa difusión de la obra, que muestra la gran acogida que tuvo entre los lectores, sobre todo por las traducciones a las distintas lenguas nacionales. Charron, Du Vair y Montaigne hicieron una adaptación propia de estos contenidos de esta visión de la vida desde la perspectiva de la cultura francesa. Pero se reserva un apartado para comentar la trascendencia que tuvo en el pensamiento y en la literatura españolas del Siglo de Oro. El Brocense y Quevedo asumieron y discutieron el estoicismo cristiano, que tiñe también la filosofía práctica que proclaman Cervantes y Calderón, Saavedra Fajardo y sobre todo Gracián, entre los más conocidos. Por eso a los grandes héroes de la cultura antigua se compara la figura bíblica de Job.

Fortuna, providencia, necesidad y destino son discutidos de manera que la posición del autor, su exhortación y su consuelo ante la adversidad, quedan patentes. El concepto de constancia se perfila desde la razón más que desde los sentimientos, la emotividad o la experiencia. Se acompaña, eso sí, de la distinción entre falsos bienes y falsos males. Los temas se iban enlazando y sucediendo en el diálogo con el propósito de introducir el argumento de la providencia en el lugar central, y contar con ella para remediar la desesperación que pudiera ocasionar la fatalidad que se cumple en un destino inapelable. Alterna las manifestaciones que provoca el dolor por los males públicos con el que siente cada cual por los suyos e intenta asimilar una y otra experiencia de manera que, al combatir los más cercanos, se produzca un alivio de los generales. El combate contra ellos se asemeja a un esfuerzo titánico, gigantesco (p. 126), capaz de cambiar la mentalidad de las gentes.

Por eso resulta un diálogo representativo de ese momento histórico, en que la sabiduría no era defensa suficiente, sino la constancia y una recobrada esperanza sostenían con argumentos lo que la razón pura no podía justificar. Desde el punto de vista retórico, el entimema aparece con mayor frecuencia que el silogismo formal, y los ejemplos morales y el razonamiento por los lugares distraen de forma amena la falta de rigor argumental. La paradoja del triunfo del mal y la imposibilidad de defensa de los débiles se refugian en la novedad propuesta para consumo de la burguesía del XVII: autodomínio personal y obediencia al gobernante.

La erudición clásica siembra el texto del diálogo de referencias. Ya que la filosofía siempre había proporcionado contenido y brillantez a la retórica, la expresión y el estilo son buena muestra del estudio y del ejercicio de composición adecuado. Los cambios de modalidad de la frase son abundantes y el esquema dialógico los potencia hacia el lector. Lipsio imita a Séneca principalmente, aunque se sirve de otras aportaciones tradicionales del estoicismo, sin entrar en la diatriba. Como buen conocedor de los anticuarios romanos, elige pasajes que transmiten costumbres y creencias características del mundo romano para describir las actitudes a las que exhorta y de las que disuade. Pero a través de estos autores y de la historiografía hace acopio de multitud de frases y ejemplos. Aprovecha no solo Gelio, Suetonio, Tácito o Valerio Máximo, sino también la historia de Flavio Josefo posiblemente porque las calamidades que recuerda conectan a través de la *Historia judaica* con la historia bíblica. El estoicismo potencia la imagen del teatro de la vida humana muy extendida desde la filosofía popular de las danzas de la muerte o el barco de los locos (o el de Caronte), en el que a cada cual se le asigna una función determinada, un papel que representar. Sin embargo, no solamente la ética, sino también la física estoica, que sería discutida durante el XVII para depurar una adhesión acrítica al antiguo Aristóteles, queda reflejada en las comparaciones que describen la acción del destino. Trasciende el discurso la violencia ejercida por los poderosos, la tiranía ciega, la represión feroz, que el autor contrarresta con las virtudes correspondientes. Entre los tópicos retóricos recurre, puesto que se trata de una exhortación a evitar los males públicos, a la utilidad más que a la dignidad, el honor o la gloria. La contribución de Lipsio se ofrece así para restaurar una jerarquía de valores desvirtuada y en crisis en la sociedad europea barroca. El esquema de la tutela de la historia y la justicia universal, que se acaba cobrando los desmanes de la soberbia y de la avaricia de los hombres, presentan un duro panorama de desolación difícil de afrontar.

A falta de edición crítica, el traductor se sirve de la comparación entre dos ediciones suficientemente significativas (entre las numerosas que produjo la fortuna editorial que obtuvo la obra) y de la antigua traducción de J. B de Mesa. La recuperación plena del texto original se produce al incorporar a las notas los comentarios marginales. De este modo se accede con complicidad de lector de hoy a una lectura antigua de la obra. El traductor recrea las abundantes lecturas de Lipsio, que revelan el uso de las anécdotas antiguas y de los ejemplos como principal instrumento de la retórica de la exhortación.

La recreación de la doctrina expuesta en la introducción es estimable, y se podría haber extendido por la diversidad del neoestoicismo europeo, y la comparación sistemática en estilo y

contenido con Séneca. En todo caso, es recomendable la presentación que se hace de la obra, aventurándose con acierto en la interpretación del texto.

María Asunción Sánchez Manzano

Universidad de León